

CAPITULO XVIII

Asalto en despoblado

Era la noche del Viernes Santo.

El cielo estaba obscuro como si se vistiese de duelo por la muerte del Salvador.

Negros nubarrones, extendiéndose por la elevada bóveda, velaban la luz de las estrellas, como un negro crespón que enlutaba la naturaleza entera.

El trueno y el relámpago se sucedían de continuo, y el agua empezaba a caer en gruesas y abundantes gotas.

La gente que había concurrido a la fiesta de Culhuacán se había retirado a sus casas y a sus pueblos, y el silencio más profundo reinaba en todas partes.

Las ventanas y balcones de los edificios del lugar, así como las puertas de las humildes chozas de los indios estaban cerradas.

El mundo parecía envuelto en las sombras.

En medio de tanta obscuridad, un hombre vestido de levita, marchaba a pie y solo por el desierto camino que conducía de la hacienda de C... al pueblo de Culhuacán.

No envolvía su cuerpo ni frazada, ni capote que le defendiesen de la lluvia, ni llevaba armas para hacerse respetar en caso de que algún malhechor le saliese al paso.

Su marcha, que al principio había sido lenta, fué más veloz cuando la lluvia empezó a caer con fuerza, y dirigió la vista a su alrededor, para ver si descubría algún sitio donde guarecerse.

Pero sus ojos nada vieron.

En todo el inmenso campo que le rodeaba no había ni una casa, ni una choza, ni un árbol corpulento, debajo de cuya copa pudiera resguardarse del agua.

Entonces apretó el paso en dirección a Culhuacán; pero la tempestad crecía por instantes, y apenas encontraba punto donde colocar el pie que no presentase el aspecto de un río.

Empapado, lleno de fatiga y aterido de frío por el helado viento que le daba de cara, iba a sentarse desesperado debajo de las anchas hojas de un maguey que por casuali-

dad crecía a un lado del camino, cuando alcanzó a descubrir a favor de un relámpago, a distancia ya de pocas varas, las paredes de una choza de adobes.

Reanimado por aquel hallazgo, continuó su penosa marcha, y pronto llegó al sitio deseado.

La choza tenía dos piezas, y estaba en ruinas y abandonada.

Las delgadas y carcomidas paredes de adobe se veían llenas de grandes agujeros por donde entraba el viento frío, unido con el agua que arrastraba consigo.

Los techos de esta arruinada choza estaban completamente destruidos; pero sobre unas secas y gruesas ramas de árboles que cruzaban de una pared a otra, descansando en los agujeros, se extendían algunos viejos petates debajo de ligeros dobes que servían de techo y que, sin duda, habían sido puestos para defenderse del agua y del sol por algunos indios de los que suelen frecuentar aquel camino.

Pero, miserable y destruída como estaba la choza, a nuestro viajero le pareció en aquel momento un suntuoso palacio.

Allí, al menos, podía descansar sentado sobre una piedra que estaba arrimada a un ángulo de la pieza en que él había entrado, y esperar, sin mojarse, a que cesase la tempestad, que crecía por instantes.

Nuestro viajero miró por los agujeros del cuarto en que se hallaba, el interior del contiguo, para ver si algo descubría; pero a la luz de los continuos relámpagos que entraba por las aberturas, sólo vió una pieza igual en un todo a la que él ocupaba, y abandonada también.

Triste de verse solo en aquel solitario lugar, y notando que el huracán, en vez de ceder, iba en aumento, se quitó la levita, que la tenía empapada, se cubrió con ella lo mejor que pudo, y volviéndose a sentar sobre la piedra que servía de banco, trató de llamar el sueño en su ayuda para hacer que el tiempo pasara con más velocidad.

Pero su empeño fué inútil.

El sitio ni las circunstancias eran a propósito para conseguirlo.

Sin embargo, él, tapada la cabeza con la levita y cerrando los ojos, hacía todo lo posible para descansar.

De repente un ruido notable, que se unió a un horroroso trueno, le hizo abrir los ojos; se destapó la cabeza, y aplicó el oído.

Entonces apercibió claramente el galope de algunos caballos que se acercaban.

Poco después, los caballos cesaron de galopar y se detenían a la puerta de la choza que él ocupaba; y escuchó claramente las voces de varios hombres que desmontaban de los corceles y que penetraban en la pieza contigua.

—Esto, por lo que veo—dijo uno de los jinetes—, está deshabitado.

—Sin duda—agregó otro—; y hay una pieza al lado de ésta, donde podemos dejar los caballos.

—Sí; voy a llevarlos yo—dijo un tercero—; y así estaremos con más comodidad en esta pieza mientras llega el momento de dar el golpe.

El hombre que estaba en el cuarto inmediato, se sobresaltó al sospechar que se hallaba junto a unos bandidos.

—Pero, ¿pasarán por aquí?—preguntó la voz de un cuarto personaje.

—Estoy seguro de ello; se lo oí decir a la misma Luz, que estaba hablando con Rafael, y cuya conversación pude escuchar detrás de ellos, confundido entre el gentío.

Al oír el nombre de Luz, el individuo que vimos guarecerse al principio en aquel sitio, se levantó de su asiento, se acercó sin hacer el más ligero ruido a la pared, y asomó con cuidado la cabeza por uno de los agujeros que daban a la pieza contigua, y procuró ver a los que hablaban.

Un relámpago que iluminó a poco la estancia, le hizo ver cuatro hombres, pero cuyos rostros le fué imposible descubrir, porque los llevaban cubiertos con pequeñas caretas de tafetán negro.

Un «jorongo», con una abertura en medio, llamada «bocamanga», para meter la cabeza por ella, y que descansase aquél sobre los hombros, a manera de casulla, cubría el resto del traje que le fué imposible descubrir al que observaba.

Sin embargo, por lo que había oído y por las circunstancias de ir enmascarados, conoció que aquéllos intentaban algo contra la joven cuyo nombre habían pronunciado; y notando que iban a continuar hablando, aplicó el oído para escuchar la conversación.

—Sería chasco que, después de habernos mojado en grande y de haber corrido tanto, se le antojase a nuestra cara Dulcinea quedarse en Culhuacán, por temor a la tempestad.

—No ha de suceder eso; el coche en que han de pasar por aquí para ir a la hacienda de C..., tiene cuatro excelentes mulas, y estoy cierto de que en cuanto calme un poquito el chubasco, los veremos venir, bien ajenos de pensar lo que les tenemos preparado.

—Pero, ¿ni Luz, ni Rafael, ni ninguno de la familia vió a ustedes en Culhuacán?

—Ninguno.

—Porque entonces hubiera sido inútil el haber venido a caballo rodeando tanto.

—Se supone; y por lo mismo anduvimos con precaución; no, no hay cuidado; la presa es segura.

—¡Oh!... ¡Con qué impaciencia espero ese instante!...—exclamó Willey, que era el que hacía cabeza entre ellos, pero cuyo nombre había dado orden de no pronunciar—. ¡Luz!... ¡La hermosa Luz, la mujer soberbia y altiva, va a estar, dentro de breves instantes, en mi poder..., en mis brazos!...

—Lo que espero le hará poquísima gracia a su novio Rafael—dijo el que tenía de las riendas a los caballos—. Pero voy a llevar a estos animales a la pieza inmediata.

El hombre que había estado escuchando, temiendo que le descubrieran y le hiciesen algo porque había oído la conversación, al ver que se encaminaba con los caballos hacia la pieza en que estaba el que tenía los corceles de las riendas, subió a uno de los agujeros, y saltó al campo antes de que entrase a la pieza el individuo que conducía a los animales.

Después de dejarlos y de atravesar en la puerta un palo para que no pudiesen salir, volvió a reunirse con sus tres compañeros.

El hombre que lo había observado todo desde fuera de la choza, y arrimado a la agujereada pared, volvió a acercarse al sitio en que se hallaban los cuatro, y a escuchar cuanto hablasen.

—¿Están bien los caballos?—le preguntaron al entrar al que los había llevado.

—Perfectamente; debajo de techo.

—Y ¿las armas dejó usted bien cubiertas?

—Están bien aseguradas en las sillas de los caballos, y tapadas a mi satisfacción.

—Sí; es preciso cuidarlas mucho, porque sin ellas nada podríamos hacer, pues estoy seguro de que Rafael vendrá armado y que opondrá resistencia.

—Como que los enamorados se vuelven fieras cuando se trata de quitarles la novia.

El hombre que escuchaba, y que no hacía caso de la lluvia, dejó brillar en su semblante la más intensa alegría.

Su entumecido cuerpo pareció recobrar todo su calor y energía y deslizándose, sin hacer el más leve ruido, llegó

a la pieza contigua, saltó por un agujero a ella; se acercó a los caballos; se apoderó de las pistolas y espadas que se hallaban colocadas en sus sillas; las sacó con el mayor sigilo, unas después de otras; las colocó detrás de la choza y ocultas entre unos hierbajos que rodean las ruinas; volvió a poner atravesada la entrada de la puerta con el largo palo que había quitado para entrar y salir con libertad; se dirigió luego al sitio en que puso las armas; tomó un par de pistolas, y cubriéndolas con la levita para que no se mostrasen las llaves, se colocó detrás de la pared y siguió escuchando la conversación de los desarmados y confiados jinetes.

Un instante después se oyó a lo lejos la voz de un cochero que animaba a las mulas con sus gritos, y el ruido de un coche que se acercaba.

—Ya están ahí los que esperábamos—dijo uno, poniéndose en pie en el instante, lo mismo que sus compañeros.

—Pues a caballo sin demora—añadió Willey, brillando sus ojos de alegría detrás de la careta.

Y todos corrieron a la pieza en que estaban los caballos, y montaron en ellos.

El hombre que se había apoderado de las armas, preparó sus dos pistolas, y esperó detrás de la casa a ver el giro que tomaba la escena.

El coche entre tanto se aproximaba lentamente. El agua caía con igual fuerza.

Los jinetes, quietos en sus caballos, sin pronunciar una sola palabra para no ser oídos y colocados detrás de la choza, por cuyos agujeros observaban el carruaje, esperaban el momento a propósito para caer sobre él de improviso cuando se hallase inmediato a las ruinas.

Poco tuvieron que esperar.

El coche, a los cuatro minutos, se encontraba a diez varas de distancia.

—Señores—dijo Willey—; pistola en mano y a rodear el carruaje.

Todos fueron a tomar el arma; pero se sorprendieron al ver que nadie tenía pistola ni espada.

—¡Traición!...—gritó uno de ellos—. ¡Nos han desarmado!

—En efecto—exclamaron los demás a un tiempo.

—Tal vez colocó usted las armas en el suelo—dijo Willey al que había llevado los caballos a la pieza contigua de la que los jinetes habían ocupado.

—Estoy seguro de que no.

—¿Ni había nadie en la pieza?

—Nadie.

—Es cosa particular.

—Sin embargo, iré a ver si por casualidad se cayeron al suelo.

—No hay tiempo para eso, porque el coche está aquí—dijo Willey—; nos sobra con los puñales; ¡a ellos, pues, que no hay tiempo que perder!

Y sacando de debajo del «jorongo» las brillantes dagas, se echaron sobre el cochero, obligándole a detener el carruaje.

Luz, que marchaba dentro en compañía de sus padres y de Rafael, dejó escapar un grito de terror.

Los enmascarados se dirigieron por ambos lados de las portezuelas del carruaje, vibrando sus puñales y ordenando a los que iban dentro que salieran.

En el mismo instante sonaron dos tiros disparados sobre ellos por el hombre que estaba oculto.

A la detonación de las armas se sorprendieron sobremedida, se acordaron de que habían sido desarmados durante su conversación, y, creyendo que lo habían sido por alguna fuerza que les había ido siguiendo los pasos, y que les rodeaba, huyeron precipitadamente, temiendo caer en poder de la justicia. Casi en el mismo momento en que los enmascarados huían por entre las sombras del resbaladizo campo, que parecía una inmensa laguna, se presentaron en el lugar de la escena el Padre Enrique y Pablo, que se dirigían, a caballo, a la hacienda de C...

—¿Qué ha sucedido?—preguntó el primero, al ver detenido el coche y asustadas a las señoras que dentro de él iban.

—Que hemos sido asaltados por unos malhechores—contestó el cochero.

—Y ¿ha habido alguna desgracia?

—Ninguna, porque han huído en el instante.

—Pues, ¿esos tiros que hemos oído?

—Han salido de las ruinas de esa choza que está ahí cerca.

Rafael, que al escuchar el «alto» de los enmascarados, había echado mano a sus pistolas para defenderse, bajaba del coche, mientras Pablo, sacando la espada, se lanzó a caballo al sitio de las ruinas.

El hombre que había sido causa de que no se verificase el rapto de Luz por Willey, queriendo evitar ser descubierto, se deslizó por entre las malezas y los escombros, y poco después echó a correr a toda prisa.

Pablo, al verle huir, creyéndole uno de los culpables, marchó en su alcance.

Rafael, que también se había dirigido a las ruinas, disparó sus pistolas sobre el prófugo, que cayó al suelo exhalando un grito.

El Padre Enrique, al escuchar la exclamación que siguió al disparo, corrió al sitio de la escena; bajó prontamente del caballo, como lo había hecho ya Pablo; se inclinó sobre el hombre que estaba caído y cubierto de sangre, que le manaba de una profunda herida recibida en la cabeza; fijó en él sus ojos al mismo tiempo que clavaba los suyos en el Padre el herido, y exclamó sorprendido y con profundo dolor:

—¡Ernesto!...

—¡Padre!...—pronunció casi a la vez, pero con débil y desfallecida voz el hombre por quien no se cometió el proyectado raptó.

El Padre Enrique, afligido al verle en aquel estado, y creyendo que el deseo de adquirir dinero para jugar le había impelido a intentar un robo en unión de los malhechores, le dijo con cariñoso acento y restañando con su pañuelo la sangre que brotaba de su herida:

—¡Qué ha hecho usted, don Ernesto!... ¡Ah! Vea usted las consecuencias de la pasión fatal del juego... ¡Usted, hijo de una familia honrada, rica y virtuosa, iba usted a echar sobre ella una mancha indeleble, cometiendo un robo!...

El herido, al mirar que le tomaban por un infame y que equivocaban su acción generosa con la de los bandidos, miró con melancólicos ojos al sacerdote, se dispuso a hablar para sincerarse de aquella creencia que le hacía aparecer como un malvado a la faz del mundo, hizo un esfuerzo intentando conseguirlo; pero la sangre que salía de su herida le quitó las fuerzas, y sus palabras fueron a expirar en sus blancos y secos labios, sin que pudiesen ser oídas.

El desventurado, al ver su impotencia para deshacer un error que le ofendía, pero que estaba apoyado en palpitan-tes y fuertes apariencias que le condenaban, sintió oprimido su corazón y envió al sacerdote una mirada suplicatoria en que trataba de revelar su inocencia.

Pero era imposible el leer en aquella mirada otra cosa que una súplica de piedad.

El Padre Enrique veía en ella el arrepentimiento del hombre descarriado, pero era imposible que leyese la acción hidalga de que era víctima...

Ernesto, notando que no era comprendido y que no le

era dable vindicarse con las personas que tanto respetaba, quedó agobiado con el peso de un profundo dolor; sintió que las fuerzas le abandonaban; que su aliento era frío y, trabajoso, y creyendo llegado el último instante de su vida, y que de ella se separaba sin poder destruir el error de las personas que le rodeaban, volvió a mirar al Padre Enrique con profunda tristeza, le apretó la mano entre las suyas he-ladas, y sus ojos se cubrieron de lágrimas, que rodaron por su pálido semblante.

El Padre Enrique, alarmado, porque temió que expirase sin confesión, se inclinó sobre él cuanto le fué posible, le cubrió con el manto de la fuerte lluvia, que aun caía, y le suplicó que confesase sus culpas.

El herido, que tenía fijos en el sacerdote sus ojos humede-cidos por el llanto, le volvió a apretar la mano entre las suyas, frías como el hielo; hizo un nuevo esfuerzo para hablar; pero sus pálidos labios sólo dejaron escapar un ¡ay! desgarrador que fué a confundirse con el trueno que re-tumbaba por la solitaria y obscura campiña.

El ministro del Señor, alarmado con aquel grito, levantó el embozo del manto con que cubría al joven para ver a la luz de los relámpagos lo que le había sucedido, y vió que sus ojos se hallaban cerrados y yerto su cuerpo.

—¡Pablo!—dijo sobresaltado el Padre Enrique—. Ayúda-me a llevar a este desgraciado hasta el coche.

—¿Ha muerto?—preguntó acercándose el indio, que se ha-bía retirado unos cuantos pasos para no oír las palabras que el herido dirigiera al sacerdote.

—¡Dios tenga piedad de él!—contestó el padre.

Y el fiel indio, acompañado de Rafael, que también se había acercado, condujeron al desventurado Ernesto al carruaje, que poco después rodaba con dirección a la ha-cienda de C...

CAPITULO XIX

La víspera de casarse

Estamos en una pequeña pero elegante sala. Ricos sofás de damasco de seda azul con flores blancas y preciosas si-las de exquisita hechura, forradas de lo mismo, adornan

los cuatro lados de ella. Un piano de cola de bruñida madera de rosa, de un teclado igual y terso, pintado con delicado gusto y maestría; graciosas rinconeras, con elegantes floreros, ocupan los cuatro ángulos; costosas cortinas de seda carmesí velan las puertas vidrieras y los balcones; un magnífico reloj de bronce dorado, con una estatua que representaba a Venus surcando las espumosas olas del mar sobre una dorada concha, tirada por candidas palomas, descansa sobre una mesa de mármol blanco, que ocupa el espacio que medía entre ambos balcones; excelentes cuadros de un mérito sobresaliente, representando los principales personajes de la Biblia, cuelgan en preciosos cordones de seda, de la pared, con admirable gusto pintada, y una vistosa alfombra turca encarnada, con flores doradas y negras, cubre el terso pavimento de aquella preciosa estancia.

Un hermoso quinqué, de exquisita forma, que proyecta luz sobre los ricos objetos que de mencionar acabo, prestándoles mayor hermosura y brillantez.

Sentados en uno de los sofás y en las cómodas butacas que están en sus extremos, se ven en grata y animada conversación a una bellísima joven, vestida con sencillez y suma gracia, a una señora y a un señor de avanzada edad, a un elegante joven y a otro de simpática figura, envuelto en un largo levitón, que lo lleva abrochado.

Estas personas, en cuyos rostros, excepto uno, se ven pintados el placer y la alegría, son: Luz, sus ancianos padres, Rafael y el doctor Willey.

En la faz de este último, en vez de la satisfacción que brilla en las de los otros cuatro, están impresos la inquietud, el temor y los celos.

Sin embargo, maestro consumado en el arte de fingir, disimula bajo un exterior afable, de que se reviste cada vez que en él se fijan los ojos de alguno, sus inicuos pensamientos, y disfraza con un estilo jovial estudiado, la rabia que le devora, hasta el extremo de hacer reír a los que le escuchan.

—¡Buen humor tiene esta noche el doctor!—dijo el padre de Luz—. ¡Cómo echaba yo de menos en mi destierro sus chistes y sus oportunas ocurrencias!

—No me era a mí menos sensible—contestó el doctor con refinada hipocresía—la falta de la amable compañía de usted, y por eso trabajé con un empeño asiduo porque le alzasen a usted ese destierro, que nos tenía inconsolables.

Luz bajó los ojos avergonzada de la osadía de aquel hom-

bre que, lejos de procurar la libertad de su anciano padre, había, por el contrario, puesto en juego todos los medios para impedirlo.

—¡Gracias!—exclamó el anciano con reconocimiento.

—Sí—añadió Rafael—; mi digno compañero ha sido el que ha coadyuvado más eficazmente al logro de nuestros deseos, asociándose a mí para conseguir la dicha de volverle a ver a usted entre nosotros.

—Felizmente, todo se ha conseguido—repuso el doctor—, y mañana tendré la satisfacción de ver realizado el complemento de todos mis deseos: la unión de mi mejor amigo y de la más virtuosa de las mujeres.

Rafael estrechó la mano de Willey con efusión de gratitud.

La anciana elogió sus nobles sentimientos, y el padre de Luz se mostró en extremo agradecido.

Sólo ella estaba triste, cuando todos reían. Sólo ella temía, cuando todos esperaban; y es que ella sólo conocía el fondo del corazón de aquel hombre funesto y vengativo.

—Sí, querido amigo—contestó Rafael con la satisfacción del que mira próxima su ventura—; mañana seré el más feliz de los hombres, y al dulce lazo de amistad que nos une, se asociará el que enlaza al leal padrino y al agradecido ahijado. ¿No es verdad, querida Luz?

—Sí.

—Todo está arreglado de la manera que habíamos dispuesto—dijo el anciano—; pasaremos el día en Tacubaya; ya he mandado que adornen las glorietas y cenadores de la huerta con arcos de flores y gallardetes; los músicos tocarán durante la comida las piezas más selectas, y el salón destinado para el baile de la noche está dignamente engalanado.

—¡Magnífico!...—exclamó el doctor, ocultando bajo una grata satisfacción, que fingió en su cómico semblante, el despecho y la rabia que le consumían—. Voy a pasar el día más venturoso de mi vida.

—Me alegraré infinito—contestó el padre de la joven.

—Y tan es cierto, que considero la unión de mi amigo Rafael como el acontecimiento más grato para mí, que yo, que nunca me he acercado a la fuente de Hipocrene, voy esta misma noche a pedir la inspiración a las musas para escribir un epitalamio, que tendré el gusto de leer a la hora de la comida.

—¡Gracias, compañero!—exclamó el novio, agradecido de aquella prueba de amistad y de deferencia.

—Y ¿nos acompañará al día de campo el Padre Enrique?—preguntó la anciana madre de Luz.

—Es sacerdote muy celoso de sus deberes, y es muy difícil; porque mañana tiene una urgente ocupación—contestó su esposo.

—¿Pero tú le has convidado?

—Le escribí suplicándole que nos honrase, y me contestó dándome las gracias, pero poniendo en duda el asistir.

—¡Oh! ¡Qué sacerdote tan ejemplar es el Padre Enrique! Nunca me olvidaré del paternal esmero con que la noche que asaltaron aquellos cuatro enmascarados nuestro carruaje en Culhuacán, cuidó del desgraciado Ernesto, a quien juzgamos un malvado, y que fué quien desbarató el inicuo plan de los infames que habían dispuesto arrebatarte de nuestro lado.

Wiley se estremeció al escuchar aquellas palabras. Como todo hombre a quien su conciencia le acusa, temió que sospechasen de él, y, diestro en el arte del disimulo, hizo que a su semblante asomase el gesto de la indignación, y exclamó con exaltación:

—¡Oh!... ¡Cuánto siento no haberme encontrado allí! Entonces los malvados no se hubieran salvado; les hubiera perseguido hasta alcanzarles, y a la culpa hubiera seguido el terrible castigo que merecían.

—El susto que yo recibí al verlos asomar por la portezuela—dijo la anciana—fué indecible.

—El robo debiera castigarse con la pena de muerte—interrumpió el doctor—. Sin duda, serían algunos que tenían noticia de que iban ustedes a pasar la noche en la hacienda de C..., y que trataron de robarles en el camino, creyendo que llevaban ustedes dinero.

—Sin duda.

—Pero, ¿no se ha llegado a sospechar quiénes eran?—preguntó Wiley.

—No, porque ni hemos tratado de averiguar. Ernesto, que es el único que podía decirnos algo, pasó casi toda aquella noche sin hablar; y como al día siguiente nos vinimos a México, y él fué llevado a casa del Padre Enrique, nada hemos llegado a saber.

Wiley respiró.

—¡Pobre joven!—dijo la anciana.

—¿Ni se sabe qué motivo le condujo a aquel sitio?—preguntó el doctor.

—Sí—contestó el padre de la joven—. Por la mañana, poco antes de ponernos en camino, le hizo el sacerdote En-

rique algunas preguntas con respecto a si sabía el nombre de alguno de los que habían asaltado el coche.

—Y ¿qué contestó?—dijo Willey, con ansiedad y palideciendo.

—Que no supo cómo se llamaban las personas, porque nunca se nombraron.

El doctor recobró la tranquilidad, y para disimular su pasada turbación, preguntó:

—Pero él, ¿cómo se hallaba en aquel sitio y a aquella hora?

—Porque, según le dijo al Padre Enrique, había salido muy temprano a pasearse, con objeto de desechar de su mente pensamientos terribles y funestos; que, caminando a la ventura, había llegado a la hacienda de C..., donde permaneció hasta entrada la noche; que entonces se puso en camino para Culhuacán, y que, cogiéndole la tempestad, se refugió en la choza, a donde poco después llegaron los malvados.

—No hay duda que la Providencia condujo a aquel sitio a Ernesto.

—Cada vez que me acuerdo que disparé sobre él mi pistola y que pude matarlo, me estremezco—dijo Rafael.

—Como que todos creímos que la bala le había atravesado la cabeza, al verle cubierto de sangre y que había caído al suelo en el instante de la detonación del arma.

—Pero, por fortuna—dijo el doctor, más sereno—, no fué más que una caída fuerte, acontecida, según estedes me han contado, por lo resbaladizo del piso, que estaba mojado, en la cual se abrió la cabeza con una piedra puntiaguada al dar en tierra.

—Ciertamente.

—Y ¿qué ha sido de él?—preguntó Rafael.

—Que, mientras estuvo malo, vivió tranquilo con el Padre Enrique, que, como he dicho antes, lo llevó a su casa; pero que al verse bueno, se marchó de ella para poder estar con más libertad y continuar frecuentando las casas de juego en que sigue pasando su vida.

—Y ¿para qué hemos tocado, en vísperas de un día de placer y de alegría—exclamó Willey, con un aplomo inaudito—, un asunto de tristes recuerdos? ¿No es mejor que hablemos de las dichas que esperan a los novios y del regocijo que tendremos mañana?

—Es verdad—contestó Rafael.

Y la conversación tomó entonces otro giro y mayor animación.

Cada cual hablaba de lo que se proponía hacer a la hora del general regocijo.

Sólo Luz no despegababa sus labios sino para responder a una que otra pregunta que se le dirigía.

Mientras todos se entregaban al placer, ella había estado observando a Willey, y había sorprendido en su rostro señales de una inquietud muy marcada, que le tenían en extremo alarmada.

El reloj que estaba sobre la mesa de mármol sonó las once.

El doctor hizo un movimiento involuntario y dirigió la vista hacia la puerta, fijando en ella los ojos con avidez.

—¡No aparecer!...—dijo para sí—. ¿Habrá ocurrido algo?

Y bien fué para disimular su impaciencia o bien porque tratase de entretener a los concurrentes, empezó a hablar de asuntos en que todos tuviesen que tomar parte.

Sin embargo, las furtivas miradas hacia la puerta se repetían a cada instante que pasaba.

Veamos, entre tanto, lo que pasaba en otra parte.

Eran poco más de las once de la noche, cuando tres hombres que, a juzgar por su traje, eran un venerable sacerdote, un notario con algunos papeles y un elegante caballero que les acompañaba, desmontaban de un coche simón en la esquina de las calles de la Monterilla y San Bernardo.

El que marchaba elegantemente vestido, sacó una moneda, se la dió al cochero y le dijo que podía irse.

El auriga obedeció y dirigió sus flacas mulas, muy débiles para el enorme simón que arrastraban, a una de las carcerías de la calle de los Rebeldes.

—Ya estamos cerca—dijo el que iba con traje sacerdotal, caminando en medio del notario y del otro.

—¿A qué hora le dijeron a usted que viniésemos?—preguntó el notario.

—A las once.

—Acaban de dar precisamente.

—Sí; son doce minutos más—añadió el elegante, sacando su reloj y mirándolo a la luz del farol—. Pero en lo que creo que no hemos andado acertados es en haber despedido el carruaje.

—¿Por qué?

—Porque tal vez necesitaremos de él.

—¿No les he dicho a ustedes que en casa hay coche?

—Es verdad—dijo el notario.

—Y ¿para cuándo está dispuesto el casamiento?—preguntó el elegante.

—Para mañana mismo—respondió el sacerdote.

—Pues a mí me habían asegurado que Luz había resuelto no casarse hasta que no estuviese de vuelta del destierro su anciano padre.

—Y no ha faltado a su palabra.

—Luego, ¿está ya en México?

—Hace algunos días.

—Y los encontraremos a todos en casa?

—A no dudar.

—Y ¿también a don Rafael?

—Ese nunca se retira antes de las doce.

—Me alegro, para no perder tiempo.

Y los tres, en el mismo orden que hemos dicho, torcieron hacia la calle de San Agustín.

Allí se detuvieron en la esquina mirando hacia todas partes.

—Nadie—contestó el notario.

—¿Y el sereno?

—Está lejos y durmiendo.

—Pues avancemos.

—Sí, porque el tiempo se pasa y es urgente.

—Y a mí me estorban estos hábitos.

—Y a mí estos papeles.

—Y a mí este frac, a que no estoy acostumbrado.

—Sin embargo, la escena que nos ocupa—dijo el primero—es algo más divertida que acuñar moneda falsa.

—Y que conducirla de noche por vericuetos y caminos ocultos, para que los conductores mexicanos que la traen a la capital no sospechen de nosotros.

—Amigos míos—dijo el supuesto sacerdote—, no hay trabajo sin trabajo. Si es cierto que hemos trabajado, también lo es que en poco tiempo hemos hecho un capital que jamás lo hubiéramos adquirido en Europa con el organillo y las habilidades de una mona.

—Capital que anhelo ya disfrutar descansadamente en mi patria.

—Todos tenemos el mismo deseo, y creo que pronto lo veremos cumplido.

—Si no lo perdemos por mezclarnos en asuntos de ningún provecho, como el que hemos emprendido esta noche, por complacer al doctor.

—Lo que vamos a hacer no nos compromete; nos sirve de entretenimiento, y complacemos a Willey, que siempre se ha mostrado deferente y servicial con nosotros.

—Es cierto.

—Pero para que las cosas salgan sin tropiezo, es preciso hacerlas como el doctor ha dispuesto.

—Y ¿estará ya arriba?
 —Sí; me dijo que estaría desde muy temprano.
 —Y ¿le amarraremos a él también?
 —Así lo ha ordenado, para que no sospechen nada los de la casa.

—Corriente.

—El señor Willey entiende estos negocios como nadie.

—Ya lo veo.

—Es un diestro general en materia de conquistas amorosas.

—Y que no desiste del plan que se ha propuesto. Le salió fallido éste en Culhuacán, la noche del Viernes Santo, y hoy lo va a realizar en México.

—Sin duda. Pero silencio, que ya me parece que hemos llegado.

—Sí; este es el número.

—¿Nadie nos espía?

—Nadie.

—Pues prepárense, que voy a llamar.

Todos echaron mano al bolsillo, mientras el que iba vestido de clérigo llamó a la puerta.

Los pasos del portero que se acercaba se oyeron a poco.

El disfrazado de sacerdote sacó un arma, que la ocultó debajo del manto.

El cerrojo de la puerta se oyó quitar por dentro.

Los que esperaban se hicieron una seña de inteligencia.

Casi al mismo tiempo se vió entreabrir la puerta y asomar por ella la cabeza de un hombre, preguntando:

—¿Quién es?

—Nosotros—contestó el fingido sacerdote—, que venimos a un asunto concerniente a la boda que se ha de celebrar mañana, y que nos están esperando arriba. ¿No están ahí don Rafael, el señor Willey, la señorita Luz y sus padres?

—Sí, señor.

—Bueno, pues abra usted antes de que sea más tarde.

El portero, al ver a uno vestido con el traje de un ministro del Señor, no llegó a recelar la más mínima cosa.

Sabía que al siguiente día se celebraba la unión de la señorita con don Rafael, y creyó que aquel sacerdote, el notario y el que les acompañaba, eran personas a quienes esperaban con impaciencia.

—Voy a abrir al instante—contestó el portero.

—Puñal en mano—dijo en voz baja el fingido clérigo.

La cadena que sujetaba por dentro la puerta se oyó quitar.

A poco se abrió ésta, y cuando el portero se disponía a decir: «Pasen ustedes», se vió amenazado por tres puñales, tapada la boca con un pañuelo y atadas las manos hacia atrás.

El que hacía de notario cerró la puerta, y los tres juntos, sin hacer ruido, y cubriéndose el rostro con antifaces, se dirigieron al cuarto del cochera, a quien también amarraron, dejando a él y al portero encerrados juntos.

En seguida subieron la escalera, cruzaron el corredor sobre las puntas de los pies, se acercaron a la cocina, donde estaban las criadas, las sorprendieron, las amenazaron si gritaban, las amarraron y las dejaron también encerradas con llave.

Seguros ya del éxito, se encaminaron con el mayor sigilo hacia la sala.

Las voces de los que hablaban en ella se oían claramente.

El doctor se reía estrepitosamente.

Rafael celebraba los agudos dichos de su falso amigo.

Los dos ancianos participaban del regocijo de su futuro hijo político.

Y hasta la misma Luz parecía haber perdido el miedo que al principio de la noche se había apoderado de su alma.

Sin embargo, Willey estaba impaciente.

Un desasosiego interior le atormentaba.

Esperaba, al parecer, algo que no aparecía.

De repente volvió los ojos hacia la cortina que velaba la puerta de la entrada y vió asomarse detrás de ella la cabeza de un hombre enmascarado, que volvió a ocultarse.

La faz del doctor se sonrió de placer, y su pecho latió de esperanza.

Sólo él había visto la aparición de aquella cabeza, y sólo él, por lo mismo, sabía lo que debía esperar.

—Y ¿a qué hora es la ceremonia?—preguntó con notable alegría.

—A las siete—contestó Rafael—; así podremos ir temprano a Tacubaya, para gozar en el campo del fresco ambiente de la mañana. ¿No te parece bien, hermosa Luz?

Las cabezas de tres hombres enmascarados se dejaron ver detrás de la cortina.

—Como ustedes lo dispongan—contestó la hermosa Luz.

Rafael iba a hacer algunas observaciones, cuando de repente se vió sujetado, así como el doctor y el anciano, por los hombres que habían penetrado en la casa, y que armados de puñales, les amenazaban con la muerte.

—¡El que dé un solo grito, es muerto!...
Y antes de que nadie pudiera volver de su sorpresa para defenderse, se vieron amarrados y sin poder moverse.
Luz, al ver brillar sobre el pecho de su amante y el de su anciano padre el horrible puñal, cayó sin sentido al suelo, exhalando un ¡ay! desgarrador.

Rafael quiso correr en su auxilio, pero no pudo.

El doctor fingió hacer esfuerzos extraordinarios para soltarse.

Dos de los malvados se apoderaron de la joven, mientras el otro amarraba también a la anciana para más seguridad.

Hecho esto, se acercó en seguida a la joven, que estaba sin sentido.

Rafael hacía esfuerzos inauditos para desatarse y defenderla, pero era imposible.

Wiley les dirigía palabras insultantes y amenazas terribles que cualquiera las hubiera creído sinceras.

Los enmascarados, sin cuidarse de ellas, trataron de llevarse a Luz, que seguía desmayada.

Rafael rugió como un león aprisionado; a poco vió que la levantaban del suelo y que la llevaban.

Esto era horrible para él; estaba tendido en el suelo, tapada la boca y amarradas las manos, y no podía moverse ni gritar.

De repente vió desaparecer detrás de la cortina al objeto que más amaba en el mundo, conducido por aquellos tres malvados.

Después oyó el ruido de la llave con que cerraban la puerta de la sala en que los dejaban.

A poco escuchó la rotación de un coche que salía de la casa.

El desgraciado amante, persuadido de que dentro de aquel carruaje se llevaban su felicidad y su ventura, lanzó un grito de dolor que quedó ahogado en el doblado pañuelo con que le habían tapado fuertemente la boca.

Luego aplicó con ansiedad el oído, conservando cierta dulce esperanza de ver volver en el coche a la mujer que amaba, salvada por la justicia.

Pero sólo pudo conocer que el carruaje se alejaba a toda prisa.

Poco después el ruido se fué perdiendo a lo lejos, entre las solitarias calles, hasta desaparecer del todo.

Rafael sintió oprimido el pecho, como si hubieran co-

locado sobre él la losa del sepulcro; sus ojos se le llenaron de lágrimas y quedó sumergido en el más profundo dolor.
¡Todo había acabado para él en el mundo con la pérdida de la mujer que amaba!

Los padres de la joven sollozaban sin consuelo.

Y el doctor, a quien los raptos se habían olvidado de tapar la boca con un pañuelo, daba voces pidiendo auxilio y clamando venganza.

CAPITULO XX

Presentimientos

Sentado sobre un sillón de brazos, puesta la mano sobre la frente, triste y en ademán pensativo, se ve a un joven en cuyo pálido rostro están impresas las huellas de profundos padecimientos físicos y morales. Su rostro pálido, descarnado, está bañado de una sombra melancólica, que revela el delicado temple de un corazón sensible, en donde no han penetrado aún los sentimientos especulativos que hieren de muerte el dulce amor, la tierna compasión, la ardiente caridad, y todos los nobles afectos que enaltecen a la criatura humana; sus ojos, grandes y negros, que aparecen mayores sobre la flaca y macilenta faz, están velados por las vaporosas lágrimas próximas a desprenderse, y que se extienden como una transparente tela sobre sus húmedas pupilas; sus labios, blancos como el papel, se entreabren de vez en cuando y trabajosamente, para exhalar un suspiro que brota del corazón, y su pecho respira con violencia, oprimido por los secretos sufrimientos que le desgarran.

Junto al sillón en que descansa este hombre, que tanto indica padecer, se descubre una cama de dorado bronce, velada por un rico pabellón que permite ver las blancas y finas sábanas de Holanda de un blanco lecho aun sin componer, que manifiesta los pocos momentos que lo abandonó el sér que debió pasar la noche en él.

En medio de la pared de la izquierda y a distancia de dos varas de la puerta que da entrada a esta alcoba, se observa una percha de barnizada caoba, con elegantes pantalones, chalecos y levitas, cubiertos en aquel momento por una cortina de damasco azul; enfrente, en la pared contraria,